

LA RESPUESTA VALENCIANA A LA ABOLICIÓN DE LOS FUEROS. LOS MIGUELETES*

Carmen Pérez Aparicio

Universitat de València

Resumen: El triunfo de Felipe V en la batalla de Almansa y la posterior abolición de los Fueros desencadenaron una protesta social generalizada, que se tradujo, entre otras manifestaciones, en un movimiento de resistencia y de hostigamiento al ejército borbónico protagonizado por los *miquelets*, tropas voluntarias al servicio del archiduque Carlos. El presente trabajo trata de estudiar el alcance de este fenómeno y sus implicaciones económicas, sociales, políticas y militares.

Palabras clave: Guerra de Sucesión, Reino de Valencia, Felipe V, archiduque Carlos, abolición de los Fueros, conflictividad social.

Abstract: The victory of Philip the Fifth in the battle of Almansa and the later abolition of statute-laws triggered a general social protest, which resulted, amongst other displays, in a resistance movement and the Bourbon army being harassed by the *miquelets*, who were volunteer troops in the service of archduke Charles. This work aims to study the scope of this phenomenon and its economic, social and military implications.

Key words: War of Succession, Kingdom of Valencia, Philip the Fifth, archduke Charles, abolition of statute-laws, social conflicts.

EL RECHAZO A LA ABOLICIÓN DE LOS FUEROS

EL Decreto de abolición de los Fueros, firmado por Felipe V el 29 de junio de 1707, causó una auténtica consternación en la sociedad valenciana. El primer monarca de la dinastía francesa respondía así a la rebelión iniciada en el verano de 1705 y justificaba tan drástica medida en el “justo derecho de conquista”. Ya desde la entrada de las tropas borbónicas en la capital del Reino, el 8 de mayo, las instituciones representativas, Reino, Ciudad y Diputación, habían llevado a cabo intensas gestiones ante el rey, la reina, los principales miembros de la clase política e incluso el mismo Luis XIV, para

* Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación *El gobierno, la guerra y sus protagonistas en los reinos mediterráneos de la Monarquía Hispánica*, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, Ref. HAR2008-00512.

tratar de evitar lo que parecía inevitable. De hecho, en diciembre de 1705, unos días después de que Valencia abriera sus puertas a los generales austracistas Juan Bautista Basset y Rafael Nebot y proclamara rey al archiduque Carlos, Felipe V ponía de manifiesto, a través de las instrucciones cursadas al conde de las Torres, general de las tropas encargadas de recuperar la capital, su intención de dejar en suspenso e incluso de abolir los Fueros.¹ A lo largo de los meses siguientes, el ejército fue dejando un rastro de actuaciones que mostraban bien a las claras los designios del Borbón y, entre ellas, la supresión de los privilegios de las poblaciones recuperadas y la imposición de fuertes multas para sufragar los gastos militares, sin contar la destrucción a sangre y fuego de las más recalcitrantes partidarias del archiduque.

Todos estos indicios se convirtieron en certezas cuando el ejército borbónico consiguió recuperar la ciudad de Orihuela en octubre de 1706. Entonces, además de la destrucción a la que fue sometida por su resistencia, Felipe V decidió establecer en ella el nuevo gobierno, situando al frente del mismo al obispo de Cartagena, don Luis Belluga. Pues bien, el juramento llevado a cabo por el lugarteniente y capitán general en la catedral oriolana, se hizo siguiendo el ritual castellano y Belluga se limitó a jurar los Fueros y Privilegios que el Borbón se dignara mantener en el futuro. A renglón seguido, el nuevo virrey se trasladó a la casa de la Ciudad y se incautó de los Libros de Privilegios y Cartas Reales que allí se custodiaban.² Al mismo tiempo, y con ocasión de su nombramiento, quedaron también de manifiesto las discrepancias existentes entre el Consejo de Aragón, partidario de reponer en sus cargos a los miembros de la anterior Real Audiencia, y el propio rey, quien pretendía no solo reducir su número, sino introducir a algunos castellanos.³ Con estos antecedentes, la victoria borbónica de Almansa, de 25 de abril de 1707, abrió el camino que había de conducir irre-

¹ En estas instrucciones, Felipe V establecía que, en el caso de que la capital aceptara retornar a la obediencia y se aviniera a capitular, sobre el punto de los Fueros y Privilegios el conde debería remitir a la benignidad del rey, quien, de esta forma, se reservaba plena facultad para mantenerlos en todo o en parte o, simplemente ignorarlos o suprimirlos. En el caso de que fuese necesario el uso de la fuerza para recuperarla, no se capitularía nada al respecto y el rey daría las órdenes oportunas. El documento se encuentra en el Archivo Histórico Nacional (AHN), *Estado*, leg. 296, *Instrucción de lo que se ha de observar llegando a la vista de Valencia*. Carme Pérez Aparicio, *Canvi dinàstic i Guerra de Successió. La fi del Regne de València*, Valencia, 2008, 2 vols., págs. 358-360.

² Francisco de Castellví, Manuscrito existente en el Österreichisches Staatsarchiv de Viena. Ha sido transcrito y publicado con el título de *Narraciones históricas*, edición y transcripción de J. M. Mundet i Gifré y J. M. Alsina Roca y estudio preliminar de F. Canals Vidal, 4 vols., Madrid, 1997-2002, II, págs. 180-183 y 190-195.

³ Enrique Giménez López, "El establecimiento del poder territorial en Valencia tras los Decretos de Nueva Planta", *Estudis, Revista de Historia Moderna*, 13, Valencia, 1988, págs. 201-239. Reeditado en *Gobernar con una misma ley*, Alicante, 1999, págs. 125-160.

mediablemente a la abolición de los Fueros, sin que tuvieran efecto ni las gestiones llevadas a cabo por las instituciones valencianas, ni los esfuerzos del Consejo de Aragón por evitar lo inevitable.⁴

Como es sabido, la noticia de la abolición de los Fueros generó una respuesta inmediata por parte de la Ciudad de Valencia, la única institución de gobierno de la época foral que se mantenía en pie en la capital, aunque muy mermada en sus atribuciones y completamente mediatizada por los jefes del ejército.⁵ Fue, pues, la institución municipal la que convocó de inmediato una Junta integrada por destacados borbónicos y de la que salió el acuerdo de elaborar un Memorial para representar al rey lo injusto e injustificado de la medida y solicitar su reposición.⁶ Pero, además de la respuesta institucional, el rechazo social a la abolición de los Fueros se manifestó también de inmediato a través de acciones contrarias al nuevo gobierno, protagonizadas generalmente por los sectores populares y destinadas, de manera prioritaria, a frenar el avance del ejército borbónico, hostigar a las poblaciones y a los seguidores del Borbón, mantener contactos con el austracismo catalán e incluso intentar nuevas rebeliones que facilitarían el retorno del gobierno austracista y así poder recuperar el sistema pactista.

Uno de los fenómenos más llamativos del panorama social valenciano, tras la restauración del gobierno borbónico y la abolición de los Fueros, fue la proliferación de los *miquelets*. La derrota aliada en Almansa y la entrada inmediata del ejército borbónico en el Reino de Valencia, no permitió a sus generales, los duques de Orleáns y de Berwick, ocupar de inmediato el territorio. Por el contrario, aquellas poblaciones que tenían posibilidades y recursos para entorpecer el avance de los vencedores fueron dotadas de guarniciones militares aliadas así como de armas, pólvora y otros pertrechos, con el fin de asegurar la retirada de los restos del ejército hacia Cataluña y facilitar su reorganización y, al mismo tiempo, mantener aquellos enclaves estratégicos que, en circunstancias más favorables, permitieran al archiduque recuperar lo perdido. Pero la resistencia al ejército borbónico, no quedó limitada a las guarniciones militares aliadas,

⁴ *Ibidem*, págs. 130-131.

⁵ *Ciutat* era el nombre que recibía la máxima institución municipal. La Ciudad de Valencia, el Reino y la Diputación fueron las más altas instituciones representativas durante la época foral. Por un Decreto de 3 de junio, el rey había prohibido las reuniones de Estamentos y de Juntas de Electos de Estamentos, en quienes recaía la representación permanente del Reino de Valencia cuando no estaban reunidas las Cortes. ARV, *Real*, 595, fol. 216r. Fue transcrito y publicado por Silvia Romeu Alfaro, "Notas sobre la Diputación valenciana y su extinción con Felipe V", *Actas del III Symposium de Historia de la Administración*, Madrid, 1974, págs. 549-583.

⁶ El acuerdo fue tomado el 25 de julio de 1707. Archivo Municipal de Valencia (AMV), *Libros Capitulares*, 1707, D 1. Sobre la respuesta institucional, Mariano Peset Reig, "Notas sobre la abolición de los Fueros de Valencia", *Anuario de Historia del Derecho Español*, XLII, 1972, pág. 657-715.

sino que fue asumida de inmediato también por las milicias valencianas y los paisanos, los llamados migueletes, muchos de los cuales se refugiaron en las fortalezas o se sumaron a la resistencia armada en cualquier lugar donde sus actuaciones pudieran obstaculizar el avance borbónico. También desde Cataluña llegaron importantes contingentes de voluntarios para reforzar la lucha.

Los migueletes constituían un fenómeno ya conocido en la Corona de Aragón. F. de Castellví recoge en sus Memorias los antecedentes históricos de estas milicias, que se remontan a la Edad Media. Entonces, los migueletes eran gentes sin residencia conocida, que vivían de las armas y llevaban a cabo ataques continuos contra los musulmanes. Acostumbrados a una vida difícil y llena de privaciones, recibieron en su origen el nombre de almogávares y acompañaron también a los reyes en algunas de sus empresas mediterráneas. De sus hazañas en Sicilia y Nápoles se hicieron eco Desclot y Montaner y de ellos Carbonell y Zurita. El nombre de almogávares se mantuvo hasta la época de Fernando el Católico, cuando fue sustituido por el de *miquelets* en memoria de Miquelot de Prats, comandante de estas tropas en Nápoles, aunque no faltan otras versiones sobre el origen del término.⁷ Su presencia en la Corona de Aragón se mantuvo durante el siglo XVII, especialmente en el Principado de Cataluña, sacudido por las incursiones militares de Francia. Siguiendo a N. Sales, la literatura francesa del siglo XVII los define como españoles que se mueven en las fronteras de Cataluña y Aragón, llevan armas y, en tiempo de guerra, son temibles para sus enemigos, mientras que, en tiempo de paz, sobreviven con la práctica del pillaje. Es esta segunda faceta la que los asimila a los bandoleros y, de hecho, este último término fue substituido por el de *miquelets* durante la *Guerra dels Segadors*. Desde su vertiente militar, los migueletes, denominados también en Cataluña *fusellers de muntanya*, formaban parte de tropas irregulares y se integraban voluntariamente en compañías auxiliares. Por otro lado, Francia utilizó también soldados voluntarios en su confrontación con la Monarquía Hispánica desde 1640 y más tarde en Italia, en las primeras décadas del siglo XVIII. En cuanto al origen de la palabra, las hipótesis que recoge esta autora son varias y no solo la que la relaciona con la devoción a San Miguel.⁸

Por lo que se refiere al País Valenciano, hay que recordar que el bandolerismo fue un problema endémico a lo largo de los siglos XVI y XVII, pero el hecho de que este territorio no se viera afectado por conflictos militares de gran alcance en los siglos mencionados —salvo los protagonizados por agermanados y moriscos— explica que la denominación de miguelete solo

⁷ Castellví, *Narraciones históricas*, op. cit., I, págs. 595-598.

⁸ Núria Sales, *Senyors bandolers, miquelets i botiflers. Estudis sobre la Catalunya dels segles XVI al XVIII*, Barcelona, 1984, págs. 7-9 y 106-114.

aparezca documentada en los años de la Guerra de Sucesión y, concretamente, a partir de la entrada de las tropas borbónicas procedentes de Almansa. El viejo fenómeno del bandolerismo, estudiado en su día por S. García Martínez,⁹ experimenta en este periodo un cambio significativo, desde mostrar evidentes signos de debilidad durante la última década del siglo XVII y primeros años del siglo XVIII, hasta su reactivación y transformación, tras la victoria borbónica, con la eclosión de los migueletes y adoptando la doble vertiente, fundamentalmente político-militar pero también delictiva, si bien en general es difícil deslindar una de otra. No obstante hay que decir que, durante la etapa de gobierno del archiduque Carlos, los voluntarios contribuyeron de manera destacada al triunfo y consolidación de la causa austracista en estrecha colaboración con las tropas aliadas. Sus funciones cubrieron entonces, básicamente, las necesidades militares, si bien quedaron reducidas a un segundo plano en favor de las tropas regulares. Por el contrario, la marcha de los aliados a Cataluña tras la derrota de Almansa y la entrada de un ejército destinado a la conquista y ocupación del territorio, dejó en manos de estos grupos un protagonismo sólo compartido con las guarniciones militares de las fortalezas que aún resistían. Todos los historiadores y dietaristas de la época se hicieron eco del fenómeno de los migueletes para señalar su intenso activismo y la dureza de su persecución, pero su proyección social y política requiere una mayor atención.

Como se ha dicho, las compañías de migueletes proliferaron por doquier tras la batalla de Almansa. Estaban formadas por soldados desertores del ejército aliado, portugueses, ingleses y hasta castellanos y franceses, cuyo capitán poseía, en la mayor parte de los casos, patente de tal concedida por el archiduque. Junto a ellos, había paisanos valencianos, pero también catalanes, dispuestos a tomar las armas contra el ejército borbónico y es que, como consecuencia de la represión iniciada de inmediato por el nuevo gobierno, muchos austracistas se vieron obligados a abandonar sus casas para no ser víctimas de las venganzas de los *botiflers* o de las represalias de los vencedores. También formaban parte de estos grupos algunos eclesiásticos, que ya habían tenido un papel protagonista durante el gobierno del archiduque Carlos y ahora eran objetivo del juez del Breve, encargado de castigar al clero disidente. Refugiados unos y otros en las zonas más agrestes del País, donde la presencia y el control del ejército borbónico era más débil, o al abrigo de alguno de los reductos austracistas, se lanzaban al robo o secuestro de los borbónicos, al asalto de los correos procedentes de la Corte y al ataque de las tropas acuarteladas o de los convoyes militares que circulaban por el País camino de Ara-

⁹ Sebastià García Martínez, *Bandolers, corsaris i moriscos*, Valencia, 1980. Otros muchos historiadores han contribuido más recientemente a ampliar su estudio.

gón o Cataluña. Sin embargo, sus correrías no conocían límites; eran muy activos en las comarcas montañosas del interior, especialmente en la zona norte, por el apoyo que les prestaban los austracistas catalanes, pero también llegó a detectarse su presencia en las tierras meridionales e incluso en las inmediaciones de la capital, amparados por la misma población o protegidos por la seguridad que ofrecía la vegetación salvaje que rodeaba la inmediata Albufera.

La proliferación de las cuadrillas de migueletes fue en aumento en los primeros años de la aplicación de la Nueva Planta, como consecuencia del fuerte descontento político y del rechazo generalizado que acarrió la insostenible presión fiscal derivada de la presencia del ejército y de la introducción del impuesto castellano de alcabalas y cientos. De esta manera, a los valencianos que se vieron obligados a situarse al margen de la ley para eludir la cárcel, las galeras o la horca, se sumaron quienes no tenían otra alternativa para escapar de la miseria a la que se vieron condenados por una fiscalidad asfixiante y aplicada, en ocasiones, de manera selectiva y punitiva. El estrecho contacto entre los migueletes y el gobierno austracista catalán, convirtió a estos grupos en elementos indispensables para cualquier operación militar, como las que se intentaron en 1708 y 1710. De otro lado, la facilidad con la que se desarrollaron solo puede explicarse por el fuerte apoyo social recibido.

La guerra de guerrillas, protagonizada por estos grupos, trajo en jaque al ejército y a las autoridades borbónicas, quienes llevaron a cabo una implacable persecución contra ellos. El hecho de practicar la resistencia armada y de incurrir en flagrante desobediencia a las sucesivas órdenes para entregar las armas, bajo pena de la vida, acarrió la ejecución sumarísima de todos cuantos fueron sorprendidos con las armas en la mano, sin atender a formalidad ni a proceso alguno, y convirtiendo estas ejecuciones en castigos ejemplarizantes para todos los disidentes. Al mismo tiempo, los ataques de estos grupos afectaron también a las poblaciones más señaladamente borbónicas e incluso se tradujeron en el secuestro de los *botiflers* más adinerados para pedir rescate.

Así pues, el papel desempeñado por los migueletes en la etapa posterior a Almansa fue doble y, en cualquier caso, importantísimo. Por un lado hay que destacar su presencia y participación en cuantas operaciones militares de relevancia se desarrollaron en el País Valenciano y de manera más significativa, en la defensa de todos los enclaves estratégicos que los aliados conservaron después de Almansa. Por otro lado, los migueletes llevaron a cabo también otras actividades, aparentemente más inconexas, a caballo entre el bandolerismo y la guerra de guerrillas, pero con un denominador común, como era el de asegurar su propia subsistencia para actuar contra el ejército borbónico y contra los más destacados seguidores de Felipe V.

LA GUERRA CONTINÚA. LA PARTICIPACIÓN DE LOS MIGUELETES

La batalla de Almansa no significó el fin de la guerra en el País Valenciano porque, como ya se ha dicho, las poblaciones que habían sido dotadas por la Naturaleza y por el ingenio humano de recursos defensivos, fueron provistas de guarniciones aliadas para dificultar el avance de los vencedores. En este sentido, todas las empresas llevadas a cabo por el ejército borbónico para reducir las a la obediencia contaron con el rechazo de las referidas guarniciones, pero también con el que ofrecieron las milicias regladas de las poblaciones respectivas y, por descontado, los migueletes. No obstante, cuando en abril de 1709 capituló el castillo de Alicante, todo el País quedó bajo control borbónico. Sin embargo, eso no significó la desaparición de los migueletes, que continuaron actuando, bien de manera autónoma, bien en contacto con el austracismo catalán, guiados por un objetivo común, como era la lucha contra Felipe V.

Xàtiva fue la primera de las poblaciones que se negó a abrir sus puertas al ejército borbónico. Situada en el camino hacia la capital del Reino, su formidable castillo la convertía en un enclave estratégico de primer orden. Era, además, ciudad de realengo, la segunda en importancia y sede de la gobernación *dellà Xúquer*.¹⁰ Contaba para su defensa con una guarnición inglesa en la fortaleza y además 600 soldados, diversas compañías de milicias reglamentarias de la comarca y de la propia ciudad, así como tropas voluntarias enviadas desde Denia bajo el mando de José Marco, apodado el *Penjadet*. Todos ellos, junto con otros muchos migueletes, participaron en la defensa de la ciudad bajo las órdenes de don Miguel Purroi, hasta que el caballero d'Asfeld pudo tomarla al asalto, el 24 de mayo, seguida del castillo, que capituló unos días después.¹¹ Alzira, a su vez, capituló el 5 de junio ante el mariscal don Daniel Mahoni, sin resistencia, tras conocer las terribles consecuencias sufridas por los setabenses en el asalto borbónico y consciente de la imposibilidad de recibir ayuda. Su guarnición pudo marchar a Cataluña, pero los vecinos y migueletes tuvieron que rendirse a discreción.¹²

¹⁰ José Manuel Miñana, *De bello rustico valentino*, La Haya, 1752, prólogo de Gregorio Mayans. La primera traducción al castellano fue publicada por V. Castañeda en *Revue Hispanique*, LV, 1922, págs. 447-618. Existe una nueva edición revisada del texto latino y nueva traducción con el título *La Guerra de Sucesión en Valencia*, edición a cargo de F. J. Pérez Durà y J. M.ª Estellés i González, Valencia, 1985, págs. 558 y 203-204, respectivamente.

¹¹ Castellví, *Narraciones históricas*, op. cit., II, págs. 363-365. Miñana, *De bello ...*, op. cit., págs. 558-565, *La Guerra ...*, op. cit., págs. 203-212.

¹² José Vicente Ortí y Mayor, *Diario de lo sucedido en la ciudad de Valencia desde el día 3 del mes de octubre del año de 1700 hasta el día 1º del mes de septiembre del año de 1715*, manuscrito existente en la Biblioteca Universitaria de Valencia, sign. Ms. 460, fol. 224v. Ha sido transcrito y publicado recientemente por Vicent Josep Escartí, con el título *El Diario*

D'Asfeld pasó a sitiar Denia a finales de junio de 1707, si bien la capital del marquesado pudo repeler el ataque gracias a su guarnición, formada por unos 1.000 soldados ingleses, irlandeses y portugueses bajo el mando de don Diego Rejón de Silva, así como otros 80 del regimiento de la Ciudad de Valencia, 400 dianenses y la participación del propio Basset y de más de 200 fusileros valencianos y catalanes, es decir, migueletes. A la falta de medios adecuados para el asalto vinieron a sumarse las epidemias y el hostigamiento de que fueron objeto las tropas borbónicas por parte de los paisanos y migueletes de las poblaciones vecinas. Todo ello obligó a d'Asfeld a levantar el sitio a principios de agosto y a abandonar la comarca, no sin antes dejar guarniciones en algunos lugares a fin de impedir cualquier comunicación con los de Denia.¹³ La difícil situación dentro de la plaza llevó a los austracistas de los contornos a intentar romper el cerco con operaciones fulgurantes contra alguna de estas guarniciones. Una de ellas, protagonizada por unos 1.500 migueletes, fue la que se llevó a cabo en octubre de 1707 para sorprender a la guarnición de Pego.¹⁴

Al mismo tiempo que d'Asfeld se había encaminado a Denia, otro contingente de tropas borbónicas se dirigió hacia la Vall d'Albaida. Alcoi tuvo conocimiento el 15 de junio de que soldados procedentes de Xàtiva habían llegado a Ontinyent y se encaminaban hacia el Comtat.¹⁵ Todo parece indicar, sin embargo, que la ofensiva contra Alcoi no se inició hasta el mes de agosto, una vez que d'Asfeld se vio obligado a levantar el sitio de Denia. Las operaciones comenzaron por Agres, que fue asaltada a sangre y fuego y un día después, el 15 de agosto, el brigadier José Antonio de Chaves inició el bloqueo de Bocairent, defendida por sus habitantes y por fusileros de monte catalanes, que resistieron ocho días hasta su capitulación.¹⁶ De allí pasó Chaves a Alcoi, una villa populosa, situada en un enclave estratégico, bien guarnecida de soldados aliados y en la que se habían refugiado también muchos migueletes que llevaban a cabo frecuentes *razzias* contra las

(1700-1715) de Josep Vicent Ortí i Major, Valencia, 2007. Isidro Planes, *Sucesos fatales de esta Ciudad y Reyno de Valencia, o puntual Diario de lo sucedido en los años de 1705, 1706, 1707*, manuscrito existente en la Biblioteca Valenciana, sign. 159, fol. 186v.

¹³ Castellví, *Narraciones históricas*, op. cit., II, págs. 365-367. Miñana, *De bello ...*, op. cit., págs. 566-567, *La Guerra ...*, op. cit., págs. 212-214.

¹⁴ AHN, *Osuna*, leg. 133, carta del justicia y jurados de la ciudad de Denia al duque de Gandía de 10 de octubre de 1707. Miñana se hizo eco de este dramático episodio. Miñana, *De bello ...*, op. cit., págs. 572-573, *La Guerra ...*, op. cit., págs. 223-224. Planes, *Sucesos fatales ...*, op. cit., I, fol. 214r-v.

¹⁵ Sobre la Guerra de Sucesión en Alcoi y su recuperación por el ejército borbónico, Josep Lluís Santonja, *La desfeta d'Alcoi*, Alcoi, 2008.

¹⁶ Castellví, *Narraciones históricas*, op. cit., II, pág. 368. Miñana, *De bello ...*, op. cit., pág. 571, *La Guerra ...*, op. cit., pág. 221. Santonja, *La desfeta ...*, op. cit., págs. 70-74. Nicolás de Jesús Belando, *Historia civil de España. Sucesos de la Guerra y tratados de paz hasta 1735*, Madrid, 1740, I, pág. 323. Este autor dice que la villa de Agres fue ocupada el 16 de agosto.

poblaciones borbónicas próximas.¹⁷ Estas circunstancias y la ayuda procedente de Alicante y la Vall de Guadalest le permitieron eludir el cerco.

Por otro lado, el ejército borbónico había dirigido sus pasos hacia las comarcas septentrionales, donde existían distintos focos de resistencia. Se empezó por atacar Xert en los primeros días de septiembre y allí murieron muchos de los migueletes que la defendían.¹⁸ Sin embargo, no resultaba fácil dominar el Maestrazgo, porque las dificultades orográficas exigían un considerable esfuerzo para recuperar unas poblaciones firmemente austracistas, necesitadas luego de guarniciones militares que aseguraran su conservación. Con todo, una vez que el ejército filipista recuperó la ciudad de Lérida, el 13 de octubre –aunque quedaba rebelde el castillo–, se intensificaron las operaciones en la zona septentrional del País y se pudo lanzar una ofensiva contra Ares, una población situada en la parte más escabrosa y abrupta del Maestrazgo y dotada de una fortaleza inexpugnable, incluso a pesar de contar con una guarnición pequeña. A finales de noviembre, las tropas francesas de Felipe V pudieron entrar en la población a sangre y fuego, degollar a más de 300 migueletes que la defendían e incendiar el pueblo, pero fracasaron en la empresa de atacar el castillo y tuvieron que retirarse.¹⁹

Tras este episodio, las tropas se dirigieron a Morella. Allí se habían refugiado muchos austracistas valencianos y, entre ellos, algunos que habían desempeñado cargos bajo el gobierno del archiduque, miembros de la nobleza y de los sectores acomodados de la capital. Era comandante de la plaza el castellano don Lucas José de Laporta y gobernador político y militar el valenciano don Felipe Armengol de Folc, destacadísimo seguidor del Austria. La plaza estaba presidida por tropas inglesas y portuguesas y se reforzaba con milicias valencianas y varios centenares de fusileros de distinta procedencia. El 4 de diciembre quedó dispuesto el sitio formal y tres días después se inició el bombardeo. El 12 de diciembre, las tropas borbónicas recuperaron la villa, mientras que la guarnición se retiraba al castillo, que acabó también capitulando el día 17. Con la caída de Morella, los austracistas perdían una plaza de gran valor estratégico y que había servido de refugio a los migueletes de aquellos contornos, tal y como recogió el dietarista Planes, al señalar que “*será de grande consecuencia para poner freno a los migueletes, que tenían allí su retirada, para salir a robar en este Reyno*”.²⁰

¹⁷ Miñana, *De bello ...*, op. cit., pág. 571, *La Guerra ...*, op. cit., págs. 221-222.

¹⁸ Planes, *Sucessos fatales ...*, op. cit., fol. 209r.

¹⁹ Miñana, *De bello ...*, op. cit., págs. 575-576, *La Guerra ...*, op. cit., págs. 228-229. Planes, *Sucessos fatales ...*, op. cit., I, fol. 231v. Planes recoge la noticia de que los borbónicos entraron en Ares el 30 de noviembre.

²⁰ Miñana, *De bello ...*, op. cit., págs. 576-577, *La Guerra ...*, op. cit., págs. 229-231. Planes, *Sucessos fatales ...*, op. cit., I, fols. 233v, 234r y 243v-244v. Castellví, *Narraciones históricas*, op. cit., II, pág. 368.

Acabada esta operación, el ejército borbónico, dirigido por d'Asfeld, se retiró a los cuarteles de invierno. No obstante, y a pesar de la estación del año, se organizó una nueva expedición contra Alcoi, formada por 6.000 hombres bajo las órdenes de don Daniel Mahoni. El asalto se inició el 5 de enero de 1708, pero resultó muy difícil por las obras de fortificación que se habían llevado a cabo y por lo escarpado del terreno. Esta vez, sin embargo, la artillería que condujo Mahoni y la que aportó también el duque de Berwick, hicieron pronto mella en las murallas y los sitiados, privados de la ayuda enviada desde Denia, optaron por la rendición el 9 de enero.²¹ Tras la caída de Alcoi, fueron sometidas muchas otras poblaciones cercanas. No obstante los contratiempos sufridos, los migueletes emprendieron distintas operaciones destinadas a recuperar Guadalest i Finestrat, aunque sin éxito en ambos casos.²²

Mientras Denia y Alicante continuaban bajo dominio austracista aunque vigiladas de cerca por tropas borbónicas, el resto del ejército inició la campaña militar de 1708 en las tierras del Ebro. El principal objetivo era Tortosa, hacia donde se dirigieron también las tropas del duque de Orleans acuarteladas en Cataluña y las de d'Asfeld desde Valencia. Con esta operación, Felipe V se proponía someterla a su control para impedir que los aliados hicieran llegar su ayuda a los valencianos, de la misma manera que la recuperación de Lérida servía de barrera a la llegada de tropas aliadas a Aragón. Los preparativos se iniciaron en los últimos días de mayo y primeros de junio, al tiempo que el gobierno austracista trataba de poner en marcha distintas iniciativas para evitar el asedio a Tortosa. Entre ellas destaca Miñana el intento de provocar una nueva rebelión por parte de los valencianos que obligara a las tropas borbónicas a levantar el sitio o, cuando menos, a desdoblar sus efectivos.

Fallada esta iniciativa, se estableció un plan para reagrupar a todas las cuadrillas de migueletes dispersas por las montañas tras la toma de Morella por los borbónicos, con el fin de aprovechar la escasa presencia de efectivos militares para tomar una plaza fuerte que sirviera de base de operaciones, desde la cual impedir el traslado de provisiones y pertrechos a Tortosa. La plaza elegida fue Segorbe, hacia donde confluyeron varios centenares de migueletes en los primeros días de junio de 1708. Aunque la operación parecía contar con apoyo entre los segorbinos, la rápida respuesta del gobernador de Valencia, don Antonio del Valle, permitió reunir un contingente de varios centenares de hombres, en su mayor parte campesinos de Sa-

²¹ Miñana, *De bello ...*, op. cit., págs. 577-580. *La Guerra ...*, op. cit., págs. 231-235. Castellví, *Narraciones históricas*, op. cit., II, págs. 546-547. Santonja, *La desfeta ...*, op. cit., págs. 75-77 y 79-80.

²² Miñana, *De bello ...*, op. cit., págs. 582-585. *La Guerra ...*, op. cit., págs. 239-243. Castellví, *Narraciones históricas*, op. cit., II, pág. 547.

gunto, Puçol y Nules, dirigidos por el conde de Almenara, y neutralizar el ataque lanzado por los migueletes, quienes se vieron obligados a abandonar la empresa.²³

Fracasado el intento de abrir un nuevo frente austracista en el País Valenciano, Tortosa se convirtió en el siguiente escenario en el que se mediarían las fuerzas de ambos contendientes. La ciudad del Ebro era, sin duda, un enclave estratégico de primera importancia. Situada en las inmediaciones de la raya con el País Valenciano, había sido considerada tradicionalmente como el antemural del Reino de Valencia. De hecho, la proclamación del archiduque Carlos en Tortosa, en septiembre de 1705, fue el detonante de la rebelión de Vinaròs. Además, tenía también un gran valor defensivo para Cataluña, razón por la cual los aliados habían realizado importantes obras de fortificación y concentrado allí numerosos efectivos. A lo largo del mes de junio se llevaron a cabo diversos preparativos antes de dar comienzo a las operaciones militares, que se prolongaron hasta los primeros días de julio. El día 10, los sitiados pidieron capitular y lo hicieron un día después ante el duque de Orleans, quien exigió también la entrega de la fortaleza de Ares del Maestrat, que estaba bajo el mando del gobernador de Tortosa.²⁴ Con la pérdida de Tortosa, el austracismo militante valenciano sufrió un duro revés: “*se entregó Tortosa, con la cual se tenía más en freno a los rebeldes del reino de Valencia, que se habían unido a los catalanes*”.²⁵ Por estas mismas razones, la noticia de la capitulación de Tortosa fue celebrada en la Valencia borbónica con numerosos festejos.

Cubierto este importante objetivo, y mientras el duque de Orleans se dirigía a Aragón con sus tropas, d'Asfeld regresó a Valencia con las suyas, que fueron acuarteladas en las inmediaciones de la capital y al sur del Júcar. Mientras, comenzaron los preparativos para reanudar el asedio de Denia. En sustitución de don Diego Rejón de Silva había sido nombrado comandante de la fortaleza don Felipe Valera, al frente de 1.500 soldados ingleses y portugueses, a los que se sumó un contingente de castellanos desertores enviado desde Cataluña, y dos centenares de migueletes. El 26 de julio de 1708, el archiduque Carlos había escrito a la Ciudad de Denia para anunciar el envío de provisiones, pertrechos, dinero y tropas y al mismo tiempo animar a los vecinos a defenderla.²⁶ Por otro lado, a finales de octu-

²³ *Ibidem*, págs. 590-593 y 249-252, respectivamente. Ortí y Mayor, *Diario ...*, *op. cit.*, fol. 280v.

²⁴ Una copia de las capitulaciones de Tortosa en Castellví, *Narraciones históricas*, *op. cit.*, II, págs. 575-578. El capítulo referido a Ares es el 22º.

²⁵ Vicente Bacallar y Sanna, marqués de San Felipe, *Comentarios de la Guerra de España e historia de su rey Phelipe V el Animoso*, Génova, s.a. reedición, Madrid, 1957, págs. 156-157. Castellví, *Narraciones históricas*, *op. cit.*, II, págs. 526-534 y 579. Miñana, *De bello ...*, *op. cit.*, págs. 587-588 y 593. *La Guerra ...*, *op. cit.*, págs. 246 y 252.

²⁶ Castellví, *Narraciones históricas*, *op. cit.*, II, pág. 581.

bre de 1708 llegaron a las inmediaciones de Denia 4.000 soldados franceses enviados desde Cataluña por el duque de Orleáns, a los que siguieron otros contingentes militares, artillería y pertrechos, hasta sumar 10.000 infantes, 1.500 caballos, 24 cañones y 9 morteros, “*excesivo número para la débil plaza de Denia*”, en opinión de Castellví.²⁷

La gran concentración de tropas y artillería ante la capital del marquesado respondía a la importancia que daba el gobierno de Felipe V a la empresa destinada a acabar con uno de los dos focos austracistas que quedaban en el País Valenciano y que servían de base a las correrías y ataques de los migueletes. Existía además, entre los valencianos borbónicos, el ferviente deseo de erradicar los últimos reductos de disidencia, con la esperanza de verse libres de la presencia del ejército y de las fuertes cargas fiscales y de todo tipo que eso comportaba. Las expectativas creadas por esta operación entre los *botiflers* fueron muy grandes, tanto como el temor de los *maulets* a perder una plaza fortificada que servía de refugio a los rebeldes. Planes recogió en su dietario el tenso ambiente que se respiraba en Valencia ante el inicio del asedio.²⁸ Comandaba de nuevo el ejército d’Asfeld, quien inició los preparativos para el asalto el 5 de noviembre y dio comienzo al ataque cuatro días después. El resultado fue la entrada de las tropas borbónicas en la ciudad el día 12 y la rendición del castillo el 17. Se cerraba así un capítulo más del avance borbónico y se erradicaba un foco muy activo de la resistencia, cuna de la rebelión, refugio de migueletes y puente de comunicación marítima con Cataluña y las Baleares, o, dicho en palabras del borbónico Planes, una ciudad “*llena de todos los hombres facinerosos de este Reino, siendo el asilo de todos los pícaros, de donde salen por mar y tierra a insultar, robando a los pasajeros*”.²⁹

Tras todos estos acontecimientos, solo Alicante escapaba al dominio borbónico. No era de extrañar, si se tiene en cuenta que los aliados habían dejado una fuerte guarnición, acorde con su gran valor estratégico y capacidad defensiva, sin olvidar que se trataba del mejor puerto valenciano y de una populosa ciudad, todo lo cual requería una operación militar de gran alcance para conseguir la obediencia. Para su defensa, Alicante contaba además con las milicias propias y con un importante contingente de miguele-

²⁷ *Ibidem*, pág. 547. Planes recogió también en su dietario abundantes noticias sobre los preparativos del asedio a Denia y de la evolución de los acontecimientos. Estas noticias formaban parte del volumen II de su Dietario –hoy en paradero desconocido– y fueron publicadas en el Diario *Las Provincias*. El citado volumen perteneció a don José Martínez Aloy. Las noticias relativas a este volumen han sido extraídas del citado Diario, cuya referencia viene dada por la fecha que figura en él. La Biblioteca Valenciana posee en el *Fondo Carreres*, signatura 2.542, los recortes de prensa que recogen las noticias sacadas del dietario.

²⁸ Planes, *Sucesos fatales*, *op. cit.*, II, anotación correspondiente al día señalado.

²⁹ *Ibidem*, anotación correspondiente al día 10 de noviembre de 1708. Miñana, *De bello ...*, *op. cit.*, págs. 594-597, *La Guerra ...*, *op. cit.*, págs. 254-257. Castellví, *Narraciones históricas*, *op. cit.*, II, págs. 547-548.

tes, que un dietarista de la época cifraba en 5.000 hombres.³⁰ El primer paso era ocupar la ciudad para impedir cualquier comunicación entre el castillo y el mar, por donde podría recibir ayuda. El ataque comenzó el 1 de diciembre por los arrabales, para pasar después a cañonear la ciudad. Ante la dificultad de defenderla el comandante aliado, el irlandés don Juan Richard, optó por ofrecer la rendición el día 3, a cambio de salvar la guarnición y conservar una parte para la defensa del castillo, esperanzado con recibir ayuda.³¹ Con ello se trataba también de preservar la población de los estragos del ejército, sobre todo después de los causados por el asalto aliado de 1706. De los artículos propuestos por Richard para capitular, d'Asfeld no admitió ninguno a favor de las milicias valencianas que allí había, ni para los paisanos, clérigos y demás habitantes, para quienes se solicitaba el perdón de vidas y haciendas. Por el contrario, todas estas peticiones fueron remitidas "a la clemencia del Rey".³²

Con la capitulación de Alicante, todo el País Valenciano quedaba sometido al gobierno borbónico, porque la guarnición del castillo y las milicias valencianas que se refugiaron en él eran prácticamente inoperantes, aisladas en la fortaleza con la única esperanza del envío de tropas desde Cataluña. No obstante, d'Asfeld emprendió de inmediato los trabajos conducentes a reforzar la defensa de la ciudad ante ese hipotético ataque y a establecer el bloqueo del castillo para impedir la llegada de recursos. Sin embargo, la imponente fortaleza requería mucho más que un bloqueo y por eso se elaboró un plan para minarla, cuyos trabajos se alargaron durante tres meses. El 4 de marzo de 1709 la explosión de la mina hizo saltar por los aires el fortín, pero sin conseguir los objetivos propuestos. La situación pareció cambiar con la llegada de una escuadra aliada con tropas de desembarco el 15 de abril, que inició de inmediato el bombardeo, pero el ataque pudo ser repelido y finalmente se llegó a la capitulación del castillo el 19.³³

Aunque concluida la reconquista borbónica, la frontera con Aragón y Cataluña fue escenario de algunas operaciones posteriores, en las que los migueletes tuvieron una significativa participación, como en el bloqueo de Morella emprendido a finales de 1710.³⁴ También por entonces, los migueletes tenían ocupados todos los puestos hasta Tortosa y sobre todo había muchos en Borriol y Vilafamés, coincidiendo con el frustrado intento de

³⁰ Planes, *Sucesos fatales ...*, op. cit., II, día 26 de noviembre de 1708.

³¹ Miñana, *De bello ...*, op. cit., págs. 598-599. *La Guerra ...*, op. cit., págs. 258-259. Castellví, *Narraciones históricas*, op. cit., II, págs. 618-619.

³² AHN, *Estado*, leg. 350-2, el contenido de las Capitulaciones en carta del caballero d'Asfeld a don José de Grimaldo fechada en Alicante el 3 de diciembre.

³³ Castellví, *Narraciones históricas*, op. cit., II, págs. 619-621. Miñana, *De bello ...*, op. cit., págs. 599-600 y 603-604. *La Guerra ...*, op. cit., págs. 259-261 y 264-265.

³⁴ Planes, *Sucesos fatales ...*, op. cit., III, fol. 144r.

promover una nueva sublevación entre los valencianos.³⁵ Los trascendentales acontecimientos militares que tuvieron lugar en este año de 1710, y de manera especial las nuevas victorias borbónicas de Brihuega y Villaviciosa, hicieron creer en una pronta desaparición de los migueletes, pero, por el contrario, se reforzaron y se mantuvieron muy activos, llevando adelante nuevos planes para relanzar una ofensiva austracista. En este sentido, lo más importante era poder contar con una base de operaciones en el País Valenciano y ese parece haber sido el objetivo fracasado de casi un centenar de migueletes catalanes que desembarcaron en la Albufera a principios de julio de 1711. Desde allí fueron a alojarse a Alberic y traían patentes de coroneles y capitanes en blanco, firmadas por el archiduque, para reclutar valencianos que se alistaran. Se decía que todos juntos tenían previsto tomar Cullera y fortificarse en el castillo. En el mismo mes se produjo un nuevo desembarco en Torreblanca, pero esta vez los migueletes se habían adentrado en dirección a Morella.³⁶ Esta oleada de desembarcos debió causar gran inquietud y el ejército y los paisanos borbónicos tuvieron que emplearse a fondo para perseguirlos y apresarlos. También con la idea de una nueva sublevación, uno de los capitanes de migueletes más activos solicitaba de destacados austracistas valencianos, entonces en Barcelona, y del general aliado Starhemberg el envío de tropas y armas para emprender la reconquista del territorio.³⁷ En definitiva, y a pesar de la ocupación militar borbónica de todo el territorio, o precisamente por este motivo, los migueletes mantuvieron sus actividades.

LA PROLIFERACIÓN DE LAS CUADRILLAS

Los historiadores y dietaristas coetáneos, así como la documentación consultada, se hicieron eco del fenómeno de los migueletes en toda su dimensión, no solo por las actividades de carácter militar a las que nos hemos referido, sino por su dispersa y extensa localización territorial y su amplia proyección social, generando una gran inquietud incluso mucho después de que Felipe V tuviera bajo su dominio a todo el territorio. Los autores de la época, borbónicos todos ellos, se refieren generalmente a los migueletes con el nombre de ladrones, de acuerdo con un bando publicado el 27 de septiembre de 1710 que obligaba a adjetivarlos con ese epíteto para desacreditarlos y contrarrestar el halo de defensores de la Patria con el que eran reconocidos por amplios sectores sociales.³⁸ Por descontado, Miñana, Ortí

³⁵ *Ibidem*, fols. 159v-160r.

³⁶ *Ibidem*, fols. 262v-263r y 268v, días 2 y 18 de julio de 1711.

³⁷ *Ibidem*, fol. 294r, día 9 de septiembre de 1711.

³⁸ AMV, *Biblioteca Serrano Morales*, signatura antigua 6864 (11-14).

o Planes aluden a estos grupos en términos condenatorios y resaltan, sobre todo, su vertiente delictiva, la ejemplaridad de los castigos aplicados y el obstáculo que representaban para la recuperación de la normalidad, llevando incluso sus actuaciones hasta las puertas de la capital y dificultando el abastecimiento.³⁹

La persecución sistemática de que eran objeto las cuadrillas de *miguelets* hizo que tuvieran que refugiarse en las zonas más agrestes y despobladas y también menos controladas por los nuevos gobernantes. La Sierra de Espadán fue uno de los reductos más frecuentados, por tratarse de una zona muy escarpada y, al mismo tiempo, próxima a la Plana de Castelló, por donde discurría el camino hacia Cataluña, tan frecuentado por las tropas de Felipe V y tan necesario para mantener el contacto con los austracistas catalanes. Allí se refugiaron don Miguel Purroi y algunos soldados participantes en la defensa de Xàtiva, que se unieron a soldados portugueses escapados de la batalla de Almansa y a otros muchos austracistas.⁴⁰ Las hostilidades de estos grupos obligaron al gobierno borbónico, en fecha tan temprana como los primeros días de agosto de 1707, a enviar tropas bajo el mando del conde del Real para “castigar la osadía de los migueletes”⁴¹ y, al mismo tiempo, a repartir armas entre las poblaciones leales para que pudieran defenderse y colaborar en la persecución de las cuadrillas.⁴²

Los migueletes buscaron también refugio en el vecino Reino de Aragón, en Villahermosa, que se convirtió en centro de sus operaciones. De nuevo el gobierno borbónico se dispuso a poner en marcha una operación de desalojo, que se llevó a cabo de manera conjunta con tropas de las guarniciones de Teruel y de Castelló. Tras estos encuentros, los migueletes se refugiaron en Morella, convertida en la mayor base de operaciones hasta que fue recuperada por el ejército borbónico en diciembre de 1707.⁴³

La pérdida de Morella no privó a los migueletes de mantener una intensa actividad en los confines de Cataluña, tanto de carácter militar como orientada a atacar las poblaciones borbónicas y de manera especial los borbónicos más señalados en su fidelidad a Felipe V. Esto obligó a muchas familias a abandonar sus casas para refugiarse en Peníscola, bajo el amparo de su fortaleza y de la guarnición militar. Hubo poblaciones, como Alcanar, muy fiel a Felipe V, que quedó prácticamente despoblada y fue destruida por los migueletes. Uno de los motivos por el que los seguidores del archiduque campaban a sus anchas por aquellos y otros contornos, se debía al desarme general de que habían sido objeto los valencianos, que habían que-

³⁹ Miñana, *De bello ...*, op. cit., págs. 567-568, *La Guerra ...*, op. cit., págs. 215-217.

⁴⁰ *Ibidem*, págs. 567-568 y 216-217, respectivamente.

⁴¹ Ortí y Mayor, *Diario...*, op. cit., fol. 238r.

⁴² Miñana, *De bello ...*, op. cit., págs. 567-568, *La Guerra ...*, op. cit., págs. 215-217.

⁴³ *Ibidem*, págs. 569-570 y 219-221, respectivamente.

dado inermes ante estos posibles ataques. Solo algunas poblaciones de contrastada fidelidad fueron rearmadas para perseguir a los migueletes, cuyas andanzas fueron descritas con verdadero dramatismo por el historiador Miñana.⁴⁴

Otro de los focos de migueletes más activos se localizaba en la comarca de la Marina, muy significada por el firme respaldo que había proporcionado a la causa imperial. Se trataba, pues, de un territorio donde, además de encontrar un amplio respaldo social, los migueletes gozaban del refugio que les proporcionaba la ciudad de Denia y, como en el caso de la Sierra de Espadán, de las posibilidades que ofrecía un territorio muy abrupto. Precisamente por estas razones, d'Asfeld se había visto obligado, tras levantar el sitio de Denia, a establecer diversas guarniciones en los pueblos vecinos.

También la comarca de l'Horta se vio afectada de lleno por la presencia de *miguelets*, y eso a pesar de la proximidad de la capital. El Pla de Quart parece haber sido uno de los escenarios más habituales de los ataques practicados contra quienes transportaban víveres a Valencia, puesto que por allí discurría el camino a Castilla, de donde procedía una parte considerable de los suministros de trigo o cebada destinados a las tropas. Otras poblaciones fueron objetivo de las cuadrillas, como Burjassot y los lugares cercanos.⁴⁵ También el Camp de Túria, y de manera especial la villa de Lliria, registraron una masiva presencia y actividad de los migueletes. Lliria, concretamente, se había destacado por su firme apoyo al archiduque Carlos, y la oposición a Felipe V debió ganar muchos puntos cuando el Borbón segregó la villa del Real Patrimonio para concedérsela al duque de Berwick, como recompensa por la victoria de Almansa. Del gran apoyo social ofrecido a los migueletes da idea el hecho de que fuera necesario enviar 200 soldados reglados y otros tantos milicianos para echar a los allí refugiados, quienes hacían contribuir con víveres a los pueblos próximos.⁴⁶

No obstante la existencia de señalados focos en los que se intensificaba la actividad de los migueletes, pocas poblaciones valencianas pudieron librarse de su presencia. Por otro lado, las costas valencianas ofrecían un panorama no menos inquietante a causa de la frecuencia de actividades piráticas, tanto las de carácter tradicional y protagonizadas por los habitantes del norte de África, como por los *migueletes del mar*, es decir, seguidores del archiduque Carlos que, desde la vecina Cataluña, las Baleares o desde las mismas costas valencianas, se lanzaban al abordaje de cuantas embarcaciones se ponían a su alcance, especialmente de las cargadas con trigo y provisiones. El gobierno borbónico, que había desplegado contingentes militares por todo el País para evitar nuevas rebeliones, no había tomado ninguna

⁴⁴ *Ibidem*, págs. 581-582 y 237-238, respectivamente.

⁴⁵ Planes, *Sucesos fatales ...*, *op. cit.*, III, fol. 66r, día 12 de junio de 1710.

⁴⁶ *Ibidem*, fol. 142r, día 31 de octubre de 1710.

medida para defender la costa, razón por la que estos ataques solían quedar impunes.⁴⁷

Todo parece indicar que el foco más activo y la principal base de operaciones de los migueletes de mar fue Denia, mientras se mantuvo bajo el dominio del archiduque Carlos. Hubo también numerosas incursiones de los migueletes catalanes, mallorquines o ibicencos, e incluso las embarcaciones inglesas aprovecharon cuantas ocasiones se les presentaron para atacar los barcos enemigos y apropiarse de la carga. De todas ellas, las fragatas de Dénia eran las que mostraban una mayor actividad y de la importancia de sus incursiones puede dar una idea su frecuente presencia ante el Grao de Valencia. En este sentido hay que decir que la inseguridad de las costas valencianas era total, con el perjuicio que eso representaba para el comercio.⁴⁸ Los riesgos de la navegación no desaparecieron cuando el ejército borbónico recuperó Denia y Alicante. Los ataques continuaron protagonizados, en general, por embarcaciones mallorquinas e ibicencas de las que formaban parte catalanes, valencianos y otras nacionalidades. También desde Cataluña llegaron expediciones de migueletes para actuar con toda impunidad no solo en el mar, sino tierra adentro, lejos de la costa.⁴⁹ Por otro lado, la tradicional piratería norteafricana se mantuvo activa durante estos años, agravando aún más, si cabe, la inseguridad marítima.

A la hora de establecer una tipología de los objetivos de los *miquelets*, conviene señalar que uno de los principales fue el ejército, artífice de la victoria borbónica, instrumento de la dominación, causante de abusos sin número y de un aumento brutal de la fiscalidad. Todo ello explica que los militares y los convoyes con armas o víveres fueran objetivos prioritarios. Al respecto, hay que decir que los periodos de más actividad coincidieron con aquellos en los que las tropas estaban en campaña. Las emboscadas contra los soldados de Felipe V estuvieron a la orden del día en aquellos difíciles años, agravando aún más las relaciones entre militares y paisanos.⁵⁰ La dura represión contra los migueletes, ejecutados sin formalidades procesales si eran capturados con las armas en la mano, no hizo sino provocar una respuesta más contundente por parte de estos grupos y generar, a su vez, nuevas manifestaciones de violencia.⁵¹ En este mismo orden de cosas cabe señalar los ataques a los correos para interrumpir las comunicaciones ordinarias entre los distintos campos militares o plazas de armas.⁵²

⁴⁷ Miñana, *De bello ...*, op. cit., pág. 586, *La Guerra ...*, op. cit., págs. 243-244.

⁴⁸ Planes inserta en su diario numerosas noticias relacionadas con los ataques de estos migueletes en el mar.

⁴⁹ Planes, *Sucessos fatales ...*, op. cit., III, fol. 261r, día 30 de junio de 1711.

⁵⁰ *Ibidem*, II, día 2 de junio de 1708.

⁵¹ Castellví, *Narraciones históricas*, op. cit., II, pág. 370.

⁵² Planes, *Sucessos fatales ...*, op. cit., IV, fol. 92v, día 2 de noviembre de 1712.

Las represalias contra los *botiflers* constituyeron otras de las principales actividades de las cuadrillas de migueletes y en especial contra los rectores de parroquia y contra los hombres más adinerados. Para el gobierno borbónico, los primeros constituían entonces un puntal importante para conseguir la pacificación del territorio a través del púlpito y del confesionario y a ello se aplicaron las autoridades eclesiásticas a instancias de las civiles, quitando las licencias de confesar y predicar a quienes se consideraban “*perjudiciales al justo legítimo partido de nuestro Rey*” y substituyendo los rectores de dudosa fidelidad al Borbón por otros de acreditada trayectoria. Es, pues, probable que la implicación directa de algunos curas y eclesiásticos en la política de afianzamiento del gobierno borbónico esté en el origen de los ataques de que fueron objeto algunos de ellos.⁵³

Además de su posible vinculación al nuevo gobierno, los párrocos constituían, en algunos casos, objetivo prioritario por gozar de una situación económica desahogada. Igual suerte corrieron los *botiflers* más significados y adinerados. Ellos o sus familiares sufrieron el asalto de sus casas o fueron secuestrados para obtener rescate.⁵⁴ Conventos y monasterios no se salvaron del ataque de los migueletes, sobre todo aquellos que se encontraban en parajes aislados. Fue especialmente virulento el asalto a la cartuja de Valldecris, importante cenobio situado en el municipio de Altura, en la comarca del Alto Palancia, de donde se llevaron más de 2.000 ducados y cuyo prior a duras penas pudo salvar su vida.⁵⁵ Es muy probable que este ataque estuviera relacionado con el intento de obtener dinero para convertir la vecina población de Segorbe en plaza de armas de los migueletes. Hubo otros monasterios y conventos que sufrieron igual suerte, mientras que, por el contrario, algunos ofrecieron cobertura y refugio a las cuadrillas.⁵⁶

Las actividades de los migueletes se orientaron también hacia cualquier objetivo relacionado con el abastecimiento, no solo del ejército, sino también de la población en general y de las grandes ciudades en particular. Las quejas por las dificultades que experimentaban las actividades comerciales, estaban a la orden del día, siendo los robos de ganado uno de los problemas más habituales.⁵⁷ Los recaudadores de impuestos y pagadores del ejército constituían otro de los colectivos más amenazados por los migueletes y más afectados por la inseguridad de los caminos. Estos ataques no sólo perseguían obtener numerario, sino que constituían también una clara protesta antifiscal, como lo demuestran los llevados a cabo contra recaudadores del

⁵³ Ortí y Mayor, *Diario ...*, *op. cit.*, fols. 225v y 271r-v.

⁵⁴ Planes, *Sucesos fatales ...*, *op. cit.*, III, fol. 94r, día 23 de agosto de 1710.

⁵⁵ Ortí y Mayor, *Diario ...*, *op. cit.*, fol. 279r-v. El asalto se produjo a principios de junio de 1708.

⁵⁶ Planes, *Sucesos fatales ...*, *op. cit.*, III, fols. 124v-125r.

⁵⁷ *Ibidem*, fols. 203v y 206v.

dinero de las bulas,⁵⁸ cobradores de alcabalas⁵⁹ o de cuarteles y pagadores del ejército. “*Parece imposible –dice Planes– acabar con estos ladrones, porque son los mismos que viven en los lugares, que en viendo la ocasión, salen a robar.*”⁶⁰

La respuesta del gobierno borbónico contra la disidencia armada fue durísima, tipificándola como delito de *lesa majestad*. De entrada, se castigó con la pena de muerte a todos aquellos que fueron sorprendidos con las armas en la mano, en aplicación de las órdenes y de las penas establecidas en los reiterados bandos de desarme general de la población, que empezaron a publicarse en mayo de 1707. En ningún caso los detenidos fueron sometidos a juicio y su ejecución se produjo de manera inmediata, bien en los parajes donde fueron detenidos, bien en las poblaciones próximas e incluso en la misma capital. Muchos migueletes fueron llevados también a sus respectivos lugares para ser ejecutados ante familiares y amigos. Con estos castigos públicos, las autoridades borbónicas pretendían atemorizar a cuantos se encontraban al margen de la ley, reprimir cualquier nuevo intento de sublevación y ofrecer reparación a las víctimas y mayor seguridad a los seguidores de Felipe V. No obstante, las primeras ejecuciones llevadas a cabo por d’Asfeld, sin formalidad ni proceso alguno, dieron lugar a una representación a Felipe V por parte de la nueva Chancillería.⁶¹

Con todo, la política borbónica hacia los migueletes osciló entre la más dura represión, practicada hasta 1709, y la oferta de perdón hecha pública el 3 de agosto de 1709 por don Francisco Caetano y Aragón, comandante general del Reino, a quienes quisieran restituirse a sus casas, entregando las armas.⁶² Unas y otras medidas se sucedieron sin solución de continuidad a partir de entonces.⁶³ Sin embargo, estos ajustes no resultaron, a veces, tan efectivos como las autoridades habían creído, porque el incumplimiento de las condiciones pactadas echaba de nuevo al monte a los antiguos migueletes.⁶⁴ En 1710 se introdujo una nueva modalidad de lucha contra los migueletes, consistente en ofrecer a estos grupos la posibilidad de redimir sus delitos alistándose en compañías destinadas a la persecución de sus propios compañeros, aunque su eficacia quedó pronto en entredicho.⁶⁵

En fin, la eclosión de los migueletes constituye una de las consecuencias más significativas de la pérdida de los Fueros. Todo el País Valenciano se

⁵⁸ *Ibidem*, fol. 230r.

⁵⁹ *Ibidem*, fol. 230v.

⁶⁰ *Ibidem*, fols. 291r y 298r, días 27 de agosto y 19 de septiembre de 1711.

⁶¹ BUV, Ms. 178/78.

⁶² Ortí y Mayor, *Diario ...*, *op. cit.*, fol. 306v. Planes, *Sucesos fatales ...*, *op. cit.*, II, día 3 de agosto de 1708.

⁶³ BUV, Ms. 178/78.

⁶⁴ Planes, *Sucesos fatales ...*, *op. cit.*, III, fol. 55r, día 30 de abril de 1710.

⁶⁵ *Ibidem*, fol. 79v, día 21 de julio de 1710.

vio afectado por este fenómeno, del que formaron parte gentes de toda procedencia, valencianos y catalanes en mayor número, pero también aragoneses, castellanos o portugueses, sin contar con las actividades en el mar de valencianos, mallorquines, ibicencos, catalanes e incluso ingleses. El hecho de que su principal objetivo fuera el de contribuir a la defensa de las plazas austracistas y obstaculizar las operaciones del ejército borbónico, hizo de ellos los protagonistas de una resistencia activa, primero en estrecha colaboración con las guarniciones militares de las plazas fortificadas y luego, tras completarse la reconquista borbónica, en contacto con el austracismo catalán y al servicio de los intereses aliados. El continuo hostigamiento de que fueron objeto tanto las tropas y los convoyes militares como los mismos borbónicos, a lo largo y ancho del territorio, provocó también un fuerte impacto social y una respuesta contundente del gobierno borbónico para erradicar lo que constituía una guerra larvada contra la nueva dinastía y de la que participaban, con su complicidad, amplios sectores sociales, deseosos de un retorno al sistema foral. Después de una primera etapa de durísima represión pero sin resultados positivos, las nuevas autoridades intentaron la vía de la negociación con estas compañías tratando de favorecer el abandono de las armas y su reinserción social. No fue esta una tarea fácil, pero la evolución de los acontecimientos militares, favorables al Borbón, y sobre todo la firma de los Tratados de Paz de Utrecht y Rastatt en 1713 y 1714, limitaron las expectativas de estos grupos y del austracismo en general.

No obstante, y aunque este trabajo se centra en las diversas manifestaciones de la resistencia armada valenciana al gobierno borbónico, no se puede olvidar el papel desempeñado por tantos valencianos, migueletes incluidos, que participaron en la defensa de Barcelona ante el ejército borbónico. El mismo general austracista, don Juan Bautista Basset y Ramos, y el que había sido secretario de la Ciudad, don José Vicente Torres y Eiximeno, tuvieron un protagonismo indiscutible en aquellos difíciles y dramáticos acontecimientos, luchando por la pervivencia del sistema político de la Corona de Aragón.